

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja 10

EVANGELIO DE LA SEMANA

(Lc 1,26-38)

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando a su presencia, dijo: - Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba que saludo era aquél.

El ángel dijo: - No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: - ¿Cómo será eso, pues no conozco a varón? El ángel le contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó:

- Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Esta semana:

MISION: La Educación

VERDADES ESENCIALES: El nacimiento de Jesús

La Educación, una Misión de padres e hijos

"Educa al muchacho según su camino: cuando envejezca no se apartará de él" (Prov 22:6).

"Escucha al padre que te engendró, no desprecies la vejez de tu madre: compra la verdad y no la vendas, la sensatez, la educación y la prudencia" (Prov 23:23).

La responsabilidad de la educación, así entendida, es claramente tanto un deber como un derecho de padres e hijos. Esta afirmación sobre la educación que, en sí misma, no parece cuestionable, sin embargo, en el momento de decidir el quién, el cómo y el dónde, podemos ver cómo el desacuerdo está en los medios, en la leyes y en las instituciones, encargados de instrumentar la formación de los niños durante los años más sensibles de su vida.

El Libro de los Proverbios nos propone, la solución: los padres y los hijos, en las familias cristianas, tienen una responsabilidad muy clara en lo referido a la educación general y la religiosa en particular: **"padre, educa al muchacho...", Hijo, escucha al padre que te engendró"**.

El reto que padres e hijos han de enfrentar a este respecto no es sencillo de superar y prueba de ello es que la relación paternofilial en la discusión y aplicación de las normas, tanto las morales como las de orden interno familiar, ha terminado por cambiar el término relación por el de conflicto (*Conflicto generacional*).

Un conflicto que no es de ahora ni de reciente aparición. San Pablo decía a los cristianos de Éfeso: **"Padres, no irritéis a vuestros hijos; educadlos, más bien, en la disciplina y con la exhortación de Dios"** (Ef 6:4).

Tenemos, pues, una **Misión** que cumplir, tanto los padres como los hijos; pero a los padres corresponde, por su propia razón de ser, llevar la iniciativa y buscar la ocasión, la ayuda y los medios que apoyen su labor y hagan fácil, útil y atractiva esta tarea para los hijos, de manera que asimilen de forma continua y natural los principios y valores, tanto morales como cívicos, que han de constituir el marco de su comportamiento en el plano social, familiar o religioso.



La Iglesia también tiene su papel que desempeñar en lo que a la práctica de la vida cristiana se refiere y, en su nombre los pastores que asisten a los fieles en los diferentes países, diócesis y, sobre todo, en las parroquias. **Sus enseñanzas sobre las verdades de la fe y buenas costumbres** (la **Misión** de los cristianos) constituyen el mejor de los programas para asistir a los padres en la formación moral y social de sus hijos; porque no existe ningún principio o valor social que no esté absolutamente reflejado y mejorado en los principios que dichas enseñanzas ofrecen.

Quizás, para que esto ocurra, el elemento que falta, sea que los padres deberíamos promover, asumir y protagonizar de manera más concurrida y participativa la labor de transmitir y dar testimonio de esas enseñanzas. **En esto también conocerán que somos sus discípulos.**

EL NACIMIENTO DE JESÚS

En la narración del nacimiento de Jesús, el evangelista Lucas refiere algunos datos que ayudan a comprender mejor el significado de ese acontecimiento.

Ante todo, recuerda el censo ordenado por César Augusto, que obliga a José, «de la casa y familia de David», y a María, su esposa, a dirigirse «a la ciudad de David, que se llama Belén» (Lc 2, 4).

Al informarnos acerca de las circunstancias en que se realizan el viaje y el parto, el evangelista nos presenta una situación de austeridad y de pobreza, que permite vislumbrar algunas características fundamentales del reino mesiánico: un reino sin honores ni poderes terrenos, que pertenece a Aquel que, en su vida pública, dirá de sí mismo: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9, 58).

La descripción del acontecimiento del parto, narrado de forma sencilla, presenta a María participando intensamente en lo que se realiza en ella: «Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre» (Lc 2, 7). La acción de la Virgen es el resultado de su plena disponibilidad a cooperar en el plan de Dios, manifestada ya en la Anunciación con su «Hágase en mí según tu voluntad» (Lc 1, 38).

María vive la experiencia del parto en una situación de suma pobreza: no puede dar al Hijo de Dios ni siquiera lo que suelen ofrecer las madres a un recién nacido; por el contrario, debe acostarlo «en un pesebre», una cuna improvisada que contrasta con la dignidad del «Hijo del Altísimo».



El evangelio explica que «no había sitio para ellos» (Lc 2, 7). Se trata de una afirmación que, recordando el texto del prólogo de san Juan: «Los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11), casi anticipa los numerosos rechazos que Jesús sufrirá en su vida terrena.

Jesús, rechazado por los «suyos», es acogido por los pastores, hombres rudos y no muy bien considerados, pero elegidos por Dios para ser los primeros destinatarios de la buena nueva del nacimiento del Salvador. El mensaje que el ángel les dirige es una invitación a la alegría: «Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo» (Lc 2 10), acompañada por una exhortación a vencer todo miedo: «No temáis».

En efecto, la noticia del nacimiento de Jesús representa para ellos, como para María en el momento de la Anunciación, el gran signo de la benevolencia divina hacia los hombres. En el divino Redentor, contemplado en la pobreza de la cueva de Belén, se puede descubrir una invitación a acercarse con confianza a Aquel que es la esperanza de la humanidad.

El cántico de los ángeles: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace», que se puede traducir también por «los hombres de la benevolencia» (Lc 2, 14), revela a los pastores lo que María había expresado en su *Magnificat* el nacimiento de Jesús es el signo del amor misericordioso de Dios, que se manifiesta especialmente hacia los humildes y los pobres.

A la invitación del ángel los pastores responden con entusiasmo y prontitud: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado» (Lc 2, 15).

Juan Pablo II

FELIZ NAVIDAD

(Léase a modo de felicitación en Nochebuena)

Hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos inunda de la alegría de la eternidad prometida.

San León Magno

ORACIÓN

**Dios Padre todopoderoso y eterno, al acercarnos a las fiestas de Navidad, te pedimos que tu Hijo, que se encarno de la Virgen María y quiso vivir entre nosotros, nos haga partícipes de la abundancia de su misericordia.
Por Jesucristo nuestro Señor, Amén.**